

**las adoraciones, con que perpetua-
mente os adoran los cortesanos del
Cielo.**



DUODÈCIMA ESTACION.

LA ESPIRACION DEL SEÑOR.

Contempla, alma mia, en ésta duodecima estacion, como ya crucificado el Señor enarbolaron aquel sagrado estandarte para fijarle en el agujero de una peña, donde por el espacio de tres horas estuvo pendiente á vista del innumerable pueblo y padeciendo a-

trocísimos tormentos á cuya fuerza espiró, entregando su espíritu en manos de su Eterno Padre.

OFRECIMIENTO.

¡O Señor mio Jesucristo! Por los inmensos dolores, y por aquella amargura que padeciste en la Cruz, principalmente cuando tu nobilísima alma salió de tu bendito cuerpo; te suplico tengas misericordia de mi alma cuando salga de ésta vida y te dignes de guiarla á la vida eterna. Amen.

EJEMPLO.

Ne impiè agas multum: et noli esse stultus, ne moriaris. Eccles. c. 7

No obres el mal para que no mueras.

Todo es la Sangre de Jesucristo para los que con grande afecto y devocion ponen los ojos en una imágen de Jesucristo crucificado: es salud, es llave de los celestiales tesoros, es misericordia, es clemencia, es el precio de nuestra redencion, es la prenda y las arras de la vida eterna. Pero no es así para los que apartan la vista de este Señor que murió por todos: para

éstos desgraciados es la señal de su reprobacion eterna. Hubo un hombre en España que habia pasado toda su vida en pecados; pero Dios siempre bueno, le mandó una enfermedad para que se purificase de sus maldades y se salvase. El desgraciado no por ésto se humilló y ni aun consentia que se le hablase de confesion. Este caso pasaba en la misma ciudad donde entonces estaba S. Francisco de Borja, quien luego que fué informado de lo que sucedia se postró al pié de Jesucristo crucificado, y con fervorosa oracion

le pidió que tocase el corazón de aquel enfermo; oyó entonces el santo una voz que le decía: Francisco; anda, busca al enfermo, exhórtale á la penitencia, que yo le seré propicio. Inmediatamente obedeció el santo y con toda la caridad de que estaba animado le habló para que se volviese á Dios; pero el enfermo estaba obstinado. No perdió S. Francisco la esperanza, sino que, con mayor fervor volvió á los pies de Jesucristo crucificado, pidiéndole que por sus llagas favoreciese á aquel desgraciado; y entonces volvió á oír el santo

una voz que le decía: Vuelve, Francisco, y lleva con tigo el crucifijo. Volvió el santo y postrado en tierra suplicaba, rogaba al enfermo: le conjuraba con la santa imágen en las manos para que por aquellas preciosísimas llagas, por la Pasion santísima se convirtiese; mas él siempre obstinado. Jesucristo quiso, por último, aplicar por si mismo el postrer remedio; y hablándole con voz sensible, y mostrándole la sangre que salía de aquellas heridas, le llama á penitencia, pero el enfermo permaneció obstinado; y entonces, despren-

diendo de la Cruz el brazo derecho y tomando un puñado de su sangre, se lo arrojó en la cara, y el infeliz espiró al instante. Certo que cuando el hombre no quiere volver á Dios, el mismo Dios con todo su poder no puede convertirle. No obremos, pues, el mal si no queremos perecer.

GRACIA.

Un monje cartujo tenía siempre presente á Jesucristo crucificado: si comia y bebia, pensaba en su sed; si dormia, en su Cruz;

si hablaba, en las palabras que dijo Jesucristo: en el aposento, en el coro, y en todas partes tenia presentes las llagas de Jesucristo, y deseaba tener en el interior de su corazon á aquel que tenia delante de sus ojos; pero no se atrevia á solicitarlo y ni aun movia sus labios para pedirlo: pero Jesucristo que conocia su deseo y el amor que le tenia aquel su devoto, quiso concederle lo que tanto tenia en su corazon. Un dia, pues, estando en oracion aquel afortunado religioso, se le manifestó su amado en aquel mismo modo en que murió por la salud de todos

los pecadores: pendiente de la Cruz, sujeto con clavos, coronado de espinas, todo llagado, todo lleno de sangre, fatigado y derramando lágrimas; y á la vista de ésta imágen quedó aquel siervo de Jesucristo tan enamorado de su amado, que habria querido derramar toda su sangre por él; pero ya que no le era concedido, se empeñó en amarle tanto mas de lo que le habia amado, que pudo decir: Vivo yo, pero no yo, sino Jesucristo en mí.

SENTENCIA.

AGRADA MAS Á JESUCRISTO Y CON

MAS GUSTO OYE UN HUMILDE Y AMOROSO SUSPIRO Á SUS LLAGAS, QUE LA SUAVIDAD Y ARMONIA DE TODAS LAS VOCES É INSTRUMENTOS MUSI-
COS. *Blosio. inst. c. 6.*

JACULATORIAS.

Jesus mio, soi vuestro esclavo, poned vuestros clavos en mi corazon.

Eterno Padre, acordaos que Jesucristo es nuestra cabeza.



DÉCIMATERCIA ESTACION.

EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ.

Contempla, alma mia, en esta

décimatercia estacion el lugar donde habiendo José y Nicodemo bajado de la Cruz el difunto cuerpo del Salvador, le depositaron en los brazos de su dolorosísima Madre, quien mirándole parte por parte, se le partia el corazon de dolor en cada llaga hasta deramar lágrimas de sangre; y despues que le adoraron S. Juan y la piadosa compañía, le entregó para ponerle en el sepulcro.

OFRECIMIENTO.

¡O Madre dolorosísima de mi Redentor; Madre de dolores y

mar amarguísimo de penas! Por la que constante padeciste cuando en tus brazos mirabas á tu mui amado hijo Jesus lleno de llagas y todo descoyuntado, te suplico compadezcas á las que en mi alma hicieron los pecados, causa de la acervísima Pasion de tu Hijo dulcísimo y de tus dolores, y que imprimiendo en mi corazon la memoria de tan soberano beneficio, agradecido viva solo para el que por mí dió la vida, y la mia se la ofrezca y toda la emplee en retorno de tan fino amor. Amen.

EJEMPLO.

*Beatus homo qui audit me. De Paral. Sa-
lom. c. 8.*

Bienaventurado el que me oye.

Cuando el patriarca santo Domingo predicaba en Roma y en- carecia la devocion del santísimo Rosario, vivia allí una mujer llamada Catarina, sobre manera hermosa, pero de mui mala fama. Un dia la tocó el espíritu del Señor y voluntariamente se fué á oir al santo predicador y de su mano recibió el Rosario, que comenzó á rezar meditando en los

misterios de la infancia de Je- sus; en los de su santísima Pa- sion y en los de su gloriosa Re- surreccion; pero sin dejar sus pecados. Llendo un dia de pa- seo le salió al encuentro, como por casualidad, un hermosísimo mancebo que la propuso iría á su casa á cenar con ella, lo que de buena voluntad aceptó Catari- na; y ya sentados á la mesa ob- servó que todo lo que aquel jó- ven tocaba quedaba manchado de sangre, por lo que ella admi- rada le dijo:—Si no me engaño, creo que estais herido; á lo que el jóven respondió:—¡Qué! ¿no sa-

beis que todo lo que el cristiano come y bebe debe estar bañado con la sangre de Jesucristo? Fué entonces mayor la admiracion de Catarina, porque en su casa jamas se habian oido aquellas palabras, y así, no pudo menos que decirle:—¿Quien sois? ¿De donde habeis venido?—Pronto lo sabreis, le respondió él; y poco despues el que era un jóven se transformó en un niño, pero con la cabeza llena de espinas, con las manos y pies llagados, con la Cruz á la espalda; y le dijo: “Basta ya Catarina; cesa en tus pecados, deja tus locuras

y mira los padecimientos de Cristo niño, á que aplicaste la primera parte del Rosario. Yo, desde que fuí concebido hasta la muerte, llevé en el corazon éstas penas, y fueron mayores que todas las que han padecido los niños. Dijo esto; y repentinamente apareció en aquella forma que tuvo en el tiempo de su Pasion, y añadió: Mira cuanto he padecido por tí; fué tanto mi dolor que si se hubiese repartido en todas las criaturas, habrian muerto. Finalmente se transformó en aquel modo en que resucitó, con las llagas glo-

riosas y le dijo: conoce mi clemencia y acuérdate de mi Pasion: has sido el escándalo de muchos, has sido vista lascivamente; muda de vida, y serás en lo de adelante espejo de pureza: éstos favores no se deben á tus méritos, sino á las oraciones de tus hermanos los de la cofradía del Rosario: muchos se convertirán viéndote convertida, así como muchos se convirtieron en tisonos del infierno por tu causa." Así habló y desapareció. Fueron tantas las lágrimas y los suspiros de Catarina, que toda la noche la pasó en llorar sus

graves pecados y al dia siguiente fué con el gran padre santo Domingo á confesarse con mucho dolor. Su vida despues hasta su muerte fué ejemplar y edificante.

GRACIA.

En los anales de los Frailes Menores se refiere, que en la provincia de Montpellier habia un superior sumamente rígido y más que severo en corregir á sus súbditos; entre otros esperiméntó ésta demasiada severidad un pobre novicio, que habiendo mu-

chas veces llevado con paciencia las indiscreciones del Prelado, en una le faltó esta; y despues de haber cumplido la grave penitencia que se le habia impuesto, se fué á los pies de Jesucristo á desahogar su dolor, ya que no le quedaba otro consuelo; y postrado comenzó á quejarse y decir: "Ya veis, Señor, quanto padezco por vuestro amor; quantos malos tratamientos sufro de este superior, que me trata con tanta inhumanidad; bien sabeis que yo me podia librar de estos disgustos y que en mi casa no me falta comodidad." Apenas hubo

dicho éstas palabras cuando oyó la respuesta que le daba Jesucristo: "Mira tambien quanto yo padezco por tu amor: mira tambien con cuanta impiedad me trataron los de mi pueblo: con cuanta injusticia me condenó Pilato á muerte; mira cuantas afrentas, quantos dolores quantas llagas sin culpa mia padezco; y solo padezco por tus pecados." Al oír éstas palabras se levantó mui consolado el novicio, y no volvió á quejarse mas.

SENTENCIA.

FUERON MAS REGALADOS PARA

JESUS LOS BRAZOS DE LA CRUZ QUE
EL REGAZO DE SU BELLA MADRE. S.
Bernardo.

JACULATORIAS.

¡O Señor mío Jesucristo! ésta mi
alma que te he dado, te pido que
me la vuelvas Hagada.

Serafines del cielo, que sois todos
fuego; prestadme vuestros corazones
para amar á Jesucristo cru-
cificado.



DÉCIMACUARTA ESTACION

EL SAGRADO SEPULCRO.

Contempla, alma mia, en ésta dé-

cimacuarta y última estacion, el
lugar del santo sepulcro á donde,
despues de ungido con preciosos
aromas equel sagrado cadáver,
fué llevado en procesion dolorosa,
sirviendo de doble de campanas
las mudas y copiosas lágrimas de
los que lo acompañaban; y allí
colocado se volvió la dolorosa
Madre á la casa del cenáculo á
llorar su soledad.

OFRECIMIENTO.

¡O amantísimo Jesus! Que
pasada la tormenta de tu Pasion
quisiste que tu cuerpo santísi-